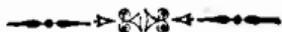


**Bandina.**



**NOVELA**

**ESCRITA**

POR

*José S. de Oliveira.*

EN

*La Paz de Ayacucho.*

**AGOSTO**

DE



**1855.**



**Imprenta Pateña.)**

# PREAMBULO.

**N**o escribimos un libro, narramos simplemente un hecho que ha pasado a nuestra vista, pero que talvez está ya olvidado; su recuerdo puede servir á estirpar algunos estravios á que suelen conducirnos el acaloramiento ó la exaltacion de nuestras pasiones. Felices nosotros si logramos mantener siempre viva la imájen de este acontecimiento, para contener ó evitar su repeticion, y á nuestra sociedad ahorrarle la presencia de una tumba señalada con un crimen.

No tenemos la presuncion de saber escribir, por el contrario, paladinamente confesamos que este es nuestro primer trabajo literario; sin embargo, procuraremos que las partes constitutivas del escrito, es decir, los pensamientos y el lenguaje, ó sea la expresion de estos, así como las voces y las cláusulas, armonicen en lo posible para evitar el ridiculo ó hacer una obra desaliñada.

No tenemos así mismo la seguridad de hacer un cuadro acabado, porque desconfiamos de nuestro saber; pero procuraremos dar á las figuras todas las sombras, todo el colorido, toda la espresion y vida necesarias para que la vista no se aparte de ellas con disgusto; y si aun así hacemos una obra incompleta ó defectuosa, disimúlesenos siquiera por la franqueza con que nos espresamos, que mas hidalguia habrá en esto de parte de los que nos lean, que razon para condenarnos como atrevidos é ignorantes.





## EL HURMIRI.

### —I.—

**E**ra la tarde del día 11 de Marzo de 847. Una nube rojiza con vetas negras, anuncio infalible de tempestad, se ostentaba sobre la cima blanquecina del Illimani. El Astro del día pronto à negarnos su encendida luz, diferentes obeliscos dibujaba en lontananza sobre aquella cabeza llena de canas, que parecia enorgullecida con mirarse tan superior y casi à la altura de la nube que sostenia. El Buitre sin embargo se cernia todavia à tan inmensa elevacion, y con su vista fija hàcia la tierra, buscaba un objeto cualquiera que sirviera de alimento à su rapiñón. El crepúsculo, último adios del día que se va

y anuncio de la noche, refleciéndose todavia en las blanquiscas ondulaciones del Gigante de Bolivi, alumbraba débilmente las cenicientas rocas del Urmivi. (1) Un terrible huracan, de los que tan frecuentemente se dejan sentir à estas horas y en la estacion de las aguas, hacia oir à lo lejos sus tremendas tonaciones; pero derrepente cubriéndose la atmosfera con un manto negro y aterrador y bramando furiosamente una espantosa tempestad, parecia anunciar algo que la imaginacion no preveia.

---

(1) Pequeño cerro al Sud del Ilumani en la Quebrada de Zapaqui. Este cerro hace parte de una Heredad que pertenece al Sr. D. Manuel Ballivián; en él hay dos manantiales copiosísimos de agua, uno termal y otro comun, el termal está mas abajo del segundo unas 2 varas, y sus aguas constan de azufre y una muy pequeña parte de magnecia, segun análisis químico del Doctor José Maria Claudio Quiroga. Ultimamente el Gobierno del Jeneral Belzu ha mandado mejorar el camino que antes tenia la entrada al baño, para que los enfermos que van à él puedan evitar las incomodidades de la pequeña quebrada por donde se transita, y el baño y habitacion se han colocado en terrenos de la comunidad del canton Zapaqui, à poca distancia de donde antes estaba—Esta comision se le ha confiado al Sr. D. Fabian Perez Paton, vecino y Corregidor de la pequeña pero bonita Villa de Zapaqui.

---

# LA PAREJA.

## — II. —

**A** estas horas solo una pareja, solo dos seres permanecian impasibles é indiferentes á la tormenta que se estendia sobre sus cabezas. En la estrechez de aquellas rocas, en la soledad de aquellos baños veianse sentados sobre el cesped dos jóvenes, un hombre al parecer de 30 a 35 años, de elevada estatura, de pelo largo y crespo y de poblada barba, ambos negros como el ébano y descuidadamente acomodados, descansaba apoyada la cabeza en la mano izquierda.—

—El Peti de Julian (2) estaba desprendido, y por la

---

(2) José Maria Bustillos, héroe de esta obra, y á quien el autor ha dado el nombre de Julian, servia en un cuerpo de Infanteria de línea de Bolivia, y era Sargento mayor graduado, con mando de compañía.

abertura de él salía un relicario pendiente de una cadena de pelo: su mano derecha se veía sobre las faldas de una jóven que apénas acabaria de pasar el tercer lustro. Claudina, de talle esbelto y de cabellos rubios, sentada al lado de su amante, miraba silenciosa al través de aquella escasa luz el pálido rostro de Julian; parecia que adormido no sentia la tempestad que se desgajaba, y ella cuidadosa pedia al Cielo en melancólica mirada, no despertára al que asumía todos sus pensamientos, al único ser por quien amaba la existencia.—

—La tempestad sin embargo brama ba como nunca. El Gorrion, el Chiguanco, y en fin diferentes clases de avecillas, propias de aquellas soledades, veíanse atemorizadas buscar asilo bajo techos de donde en otras circunstancias huirían despavoridas.—

—Claudina, vestida de blanco y con el pelo suelto y húmedo todavia por el baño que acababa de recibir, parecia en aquella oscuridad una de esas imájenes que vemos entre sueños, pero que la mano del hombre no alcanzará jamás. Un luminoso relámpago cortejado

por un aterrante trueno, sacó à Julian de su adormecimiento, y al sentirse asido fuertemente de la mano, miró al objeto querido que tenia à su lado, miró los azules y celestiales ojos de Claudina fijos tristemente en él, pero con un fuego con que jamás los viera arder; comprendió en aquella mirada la pureza de un ángel, el fuego divino que la animaba. Una lágrima, que era una gota de coral, rodaba en aquel momento por las encantadoras mejillas de Claudina —

—Julian, entónces, viéndola acongojada, llorosa; la dice: amada mia ¿por qué lloras? qué motivo hay en tu corazon p ra esa tristeza? ¿acaso no te amo? ¿He podido yo cometer alguna falta, alguna accion que te indique que vales para mí ménos que otra? Oí! no, hija mia! tranquilízate, persuádetete que eres para mí el único ser querido que hay sobre la tierra, la adorada de mi alma, en fin, no tengo otro pensamiento sino tú.—

—Julian mio, le dice ella con esa voz llena de miel, y cuyo temple solo el amor puede esplicar, quisiera tener motivo para oír siempre de tus labios esas palabras que tanto me animan, ese lenguaje, que yo, si lo compren-

do, tal vez no pudiera espícarlo sino por los efectos que me causa; me creo muy feliz con verme amada de tí, y algunas veces me siento hasta orgullosa con ser tu querida. Sí, Julian mio; muchas veces, mirándome al espejo he dicho para mí, hoy voy á estar mas hermosa, mas me ha de querer Julian, he de merecer mejor su cariño, sus halagos, esos halagos, que me hacen dichosa: oh! yo deliro y me vuelvo loca cuando traigo á la memoria estos recuerdos! no bastante quisiera siempre estar hablando de ellos.—

—Estas palabras, sin embargo que en otras circunstancias hubieran sido deleitosas á Julian, hoy eran gotas de plomo derretido que caían sobre su corazón.—

—Claudina, que creía advertir alguna cosa que la sobresaltaba en el ademán de Julian; y poco satisfecha de los halagos que él le proligára en aquel momento, continuó instando á su amante á que se espícara, que la sacase de aquella ansiedad mortal en que se hallaba.—

—Julian mio, le dice: yo creo que tú sufres algo, que tienes algun pesar, y que tal vez el temor

de disgustarme te hace reservarlo; ábreme tu corazón, confía á tu amiga el motivo de tu disgusto, que yo, aunque débil y rústica mujer, sabré sacar recursos para mitigar tus penas. Sí, Julian mio, cree á mi corazón, á mi amor, en él hemos de hallar ese consuelo que las almas sensibles como la tuya necesitan.—

—Animado Julian con un lenguaje tan seductor, (¡y cuando la mujer no seduce!), se resuelve á empezar una tarea que la creía superior á sus fuerzas.—

—Y bien, la dice: Dos años hace que vivimos juntos, pero jamás en este tiempo ha habido entre nosotros ninguno de esos disgustos domésticos que son tan frecuentes en la vida. Siempre he procurado conservar tan fresco mi amor para contigo, como esos rocíos matinales que reverdecen las plantas; puro mi cariño como el aliento de una flor, solo ha mirado en tí á un ángel, pero un ángel, cuya dependencia inmediata al ser que le anima, era imperecedera. No obstante todo esto y ardiendo cada vez mas por tí en un fuego

amoroso que me abrasa, no ha faltado un motivo que turbára mi sosiego. Oh! tú no puedes comprender todo lo que siento, todo lo que sufro, todo lo que padezco!—

—Asustada Claudina con este lenguaje, y creyendo ser ella la causa, le dice: ¡por Dios, Julian! explícate de modo que te entienda; sácame de esta duda cruel en que cada vez mas me has colocado.—

--La tempestad, que parecia alejarse, hacia sentir todavia sus terribles efectos, y al despedirse, dejó en los ánimos de aquellos amantes un recuerdo tan funesto, ¡como triste y melancólico era el estado de sus almas.—

--La noche habia entrado ya y Julian tenia que volver al lado de su Cuerpo á ponerse al frente de su compañía. Duro le era separarse de Claudina en aquellos momentos, mucho mas cuando le quedaban tan pocos dias para estar á su lado, pues creía, segun el estado de las cosas en Bolivia, que la campaña sobre el Perú debia emprenderse, y el honor militar triunfaba en quel hombre que perte-

necia á un país acostumbrado à vencer en sus guerras nacionales. No obstante, el dolor de ver sufrir á una jòven que no tenia otro crimen que el de amarlo con l cura, lo decidió à explicarse con Claudina y pasar con ella aquella última noche.—



## LA CONFESION.

**D**espues de algunos momentos de silencio en que hasta el torrente parecia suspender su curso y apagar sus aterrantes bramidos, Claudina, la dice Julian, prepárate à oir sin interrumpirme.—

—La guerra con el Perú parece inevitable; los periódicos anuncian un rompimiento entre ambos Estados: yo, por lo mismo que tanto te amo, no quiero llevarte á la campaña porque no te espongas á los riesgos inherentes à la guerra, y he resuelto que te quedas, y....—

—Un rayo la hubiera aterrado ménos que estas palabras de Julian, y convulsiva y sin dejarlo concluir, le dice:—

—Cuando por seguir los impulsos de mi corazon, abandoné el hogar paterno sacrificando mi honor y mi porvenir, juré no separarme de tí, porque creí que eras mi Dios y mi existencia y que jamas nos alejariamos uno de otro: no

te engañes, Julian, no hay ningun poder sobre la tierra que pueda hacerme variar de pensamiento. Esos dias, esas horas que yo deba pasar sin tí ¿en qué crees que pueda emplearlas?—

—¿Te persuades que una mujer de mi temple, es decir, que tenga mis resoluciones ha de poder vivir sin el objeto que se las anima?—Oh! no; Julian! llévame, llévame contigo, para que, por lo mismo que hay riesgos que correr, sea yo tambien partícipe de ellos; y cuando, triunfantes, volvamos al seno de la Patria, tenga al menos el placer de ver caer sobre tí y tus compañeros de victoria, esa lluvia de aromas con que las hermosas engalanan á sus libertadores —

—Estas palabras asustaban á Julian, porque conocia la impetuosidad de las pasiones de aquella enamorada jóven, y horrorizado, temblò de espanto, porque al fin le era indispensable hacer la *confesion* del verdadero motivo que le obligaba á separarse.—

—Se decidió pues á aprovechar aquel momento

en que él mismo se sentía débil para empezar una relación que le atormentaba, pero que por otra parte era de indispensable necesidad.—Le dijo pues:—

—Oyeme, Claudina amada.—

—Hay momentos en la vida del hombre, en que nada valen las comodidades y goces de que pueda disfrutar, porque su existencia camina por un sendero cubierto de espinas; esto es lo que á mi me pasa.—

—¿De qué me sirven algunos bienes con que la fortuna me ha favorecido, si no tengo libertad para partir contigo y á tu lado los goces que con ellos pudiera proporcionarme?...¿Qué valen estas riquezas al lado de las dificultades que se presentan para disfrutarlas junto?—

—Sorprendida Claudina de oír aquellas palabras, cuyo sentido no alcanzaba á comprender, le dice:—¿y quién puede impedirnoslo?...¿Quién es capaz de privarme de estar á tu lado?—Habla, Julian, explícate.—Dime ¿dónde existe esa alma empedernida que quiere privar á una infeliz mujer del único apoyo que á pedido conservar sobre la tierra?—Yo

que, abandonada de mis padres, de mis amigos y de todos los míos, no tengo en este mundo sino á tí, ¿qué haría, dime, si también te perdiera?—¿Puedes comprender cuánta amargura, cuánta hiel se derramaría sobre mi corazón para envenenar mi existencia sí, en efecto, estuviera destinada á no vivir contigo, y á tu lado siempre?... Julian, ese sería para mí un golpe de muerte.—

—Y... sin embargo, Claudina, dice Julian, es una realidad, porque dimana de una orden cuyo cumplimiento no puede eludir; la ha dado el Jefe de mi cuerpo y es necesario que la cumpla. [3]

—Pues bien, interrúmpele Claudina con resolución, ¿es necesario cumplir esa orden? también es

---

(3) En efecto, el Coronel José Iriondo, primer Jefe de aquel cuerpo, el Batallón Octavo de Línea, había dado orden para que todos los oficiales que no fueran casados y tuvieran mujeres, se casasen en el acto ó se separasen de ellas, porque se iba á emprender una guerra nacional y era preciso desterrar toda inmoralidad de los cuerpos del Ejército.

necesario que yo muera; y moriré, porque solo allí, en la tumba, podré ocultar mi vergüenza y el oprobio de no haber servido sino para ser la querida de un hombre, sin haber podido alcanzar jamás el título de esposa, porque, entiendo, que es aquella y no à esta à quien se repudia; sí, Julian, todo lo comprendo. [4]

—En vano trató Julian de calmar la horrible agitación de aquella joven, prometiéndole que al regreso de la Campaña se casarían, y que entre tanto podría permanecer en Zúñigui ó en la Paz; mas ella que no creía ver otra cosa para sí que un completo abandono en aquella conducta de Julian, le di-

---

(4) Claudina, cuyo verdadero nombre era el de Petrona, pertenecía á una humilde pero decente familia de Tarija; reservamos su apellido por no ofender la decencia de sus padres, porque esta joven salió furtivamente de casa de ellos, y á la vez la habían maldecido y por este hecho que ultrajaba sus canas; se hallaba por consiguiente abandonada de su familia, y como recién venida á este Departamento, no tenía sino muy escasas relaciones y era poco conocida.

ce:—Y puedes persuadirte que yo, una mujer desconocida en estos lugares, pueda avenirme à vivir oscuramente y confundida tal vez con esas cuyo in-mundo comercio es un crimea ante Dios y ante los hombres? .¿Puedes pensarlo, puedes imaginar siquiera que porque he cometido una falta, ah!.. y de la que me he arrepentido mil veces' he de mirarme yo misma como una mujer vulgar y envilecida?.. .. No; no, Julian!... Si Dios ha colocado en mí un corazón ardiente y apasionado, me ha dado tambien una robusta inteligencia para discernir con claridad; y has de saber que lo que ahora necesito, que lo que ahora quiero y lo exijo con todo el poder que me han dado tus juramentos, es que, antes de cumplir esa órden que me arranca de tu lado, he de llevar lejitimamente tu nombre, ese nombre que me has dado ante Dios, pero que la sociedad y la religion de nuestros padres exigen que sea bendecido por el representante de Jesus al pie del Altar. Sí: esto ha de ser, porque así, así no mas no se burla de una mujer, y sobre todo de una mujer que no tiene otra culpa, que la de haber cedido à las sugestiones de

su corazón y haber querido ser tuya, porque creyó en tus promesas, en tus juramentos, y en fin porque, jóven é inesperta, creyó talvez que la querida de un hombre, podría ser su esposa si su vida estaba, como está la mia, exenta de esas faltas que à los hombres los ponen en ridículo ante la sociedad.—

—He aquí, Julian mio, todo lo que de tí exijo; y si no hay como evitar el cumplimiento de esa fatal órden, cúmplela en buena hora, pero tambien cumple tus deberes para conmigo, porque si para con la patria te liga la obligacion de ciudadano, para conmigo te reatan los deberes de padre, y ambos deben ser sagrados para tí; sé tan honrado y jeneroso como es apasionada tu Claudina, no sacrifiques à la que ha de ser madre de un hijo cuya sangre es la misma que corre por tus venas.—

—Asombrado Julian de aquella *confesion*, porque hasta entónces ignoraba que Claudina estuviera en cinta, arrepiñóse de haberla aflijido tanto, y así trató de dar otro jiro á la conversa-

cion, mas ya era tarde, la herida estaba hecha y no era posible curarla, mucho mas cuando él ratificó lo que habia dicho, que despues de la campaña se casarian.—

—Los primeros albores de un nuevo dia, sorprendieron á aquellos dos amantes, y Julian muy luego, rendido por las fatigas, se quedó profundamente dormido.—



## EL RELICARIO.

**N**uestros lectores no habrán olvidado que en uno de los capítulos anteriores dijimos, «que por la abertura del Peti de Julian, salía un relicario pendiente de una cadena de pelo:» pues bien, aquel relicario era uno de esos recuerdos cuyo valor solo podía apreciar debidamente la persona que conocía su origen; ese relicario tenía para Julian un mérito que solo él podía graduarlo, era un recuerdo tradicional, una herencia de familia, venía de sus mayores; la madre de Julian lo había heredado de sus padres, y el hijo, es decir, Julian, lo había recibido de su madre en el momento de morir, con el especial encargo de conservarlo como un monumento, porque toda la familia le había prestado la misma veneración. Aquel relicario contenía la imagen de una casta y pura

Virjen, de esa Virjen cuya relacion de sus milagros forman ya muchos volúmenes, de esa Virjen à quien los peregrinos todo el año, y muy particularmente todos los años el 5 de Agosto, la llenan de ofrendas en cumplimiento de sus promesas, por haber devuelto al padre la vida del hijo querido, á la esposa la del esposo adorado, y en fin, porque la sola invocacion de su nombre, produce algun bien á la persona ó familia que de corazon solicita su auxilio y su misericordia. Esta Virjen era la milagrosa Maria de Copacabana á quien Tito Yupanqui, al construirla, le dedicó toda su vida, y por lo cual obtuvo la curacion radical de sus crónicas enfermedades. (5)

---

(5) Como la historia de la construccion de esta Virjen es tan conocida por haberse publicado diferentes veces en los periódicos de Bolivia, omitimos aqui su repeticion, y solo diremos algo respecto al pueblo de Copacabana.—

—Copacabana es una pequeña aldea situada unos 12 minutos mas al Norte que la Paz y al extremo N. O. del Estrecho de Tiquina en el Lago de Titicaca. No

—La cadena de la cual pendía aquel relicario, era construida del pelo de la madre de Julian, así es que, para este hombre, aquella era una alhaja por cuya conservación se hubiera dejado arrancar la vida; y Julian se había impuesto la obligación de rezar todas las mañanas una oración para el alma de su madre con el relicario colocado al frente de sus ojos, es decir, mirando á la Virgen.—

—Su madre había espirado á las siete de la mañana, de modo que para él aquella hora le era terrible, y se había preocupado con la idea de que á esa misma hora le había de suceder algu-

---

sabemos cómo ha pertenecido á Bolivia, porque puede decirse que es una parte integrante del Territorio de la Provincia de Chucuito en el Perú, en el cual está enclavada. Tiene 400 habitantes y es Capital del Canton del mismo nombre. Todo el Canton tendrá 4,000 almas.—Copacabana es el Santuario mas concurrido de la América del Sud, por la bien adquirida nombradía que tiene la Virgen milagrosa que lleva su nombre.—

na desgracia; de aquí resultaba la inquietud que sentia todos los dias en este solo momento.—

—Claudina no ignoraba el valor que para Julian tenia aquel relicario; y tan luego que este se quedó dormido, buscó el eslabon principal de la cadena, y desprendiendo el broche que la ajustaba, la sustrajo con el mayor cuidado por temor de despertar á Julian; pero este soñaba en aquel momento con su madre, y como si viera lo que le pasaba, exaló un suspiro que hizo estremecer á la jóven.—

---

## EL CERRO

**D**esde la villa de Zapaquí en dirección al E. S. E. desciende la quebrada que toma el nombre de Zapaquí ó de Caracato segun que pertenezca á uno ó otro de los cantones de estos nombres. A las tres leguas de Zapaquí y en la dirección señalada, es decir, siguiendo el curso del río, en la pared derecha que forman sus barrancas, se siente el ruido de una cascada, el cual involuntariamente le hace al viajero volver la vista hácia el paraje de donde parece que descendiera el torrente. Al principio solo se nota una profunda oscuridad, semejante á la que se ve cuando miramos de una altura el plano de los valles estando la Luna de costado; mas fijando un poco la mirada, se distingue una lista azul como que se perdiera á lo lejos; esta es la corta y estrecha quebrada de "Hurmiri," cuya dirección es casi de S á N. y en cuyo origen

está situado el baño que lleva su nombre. Allí está el manantial de agua hirviendo y de la que hemos hablado en uno de los capítulos anteriores, cuya benéfica agua ha hecho las mas prodijiosas curaciones. En la pared opuesta à aquella de que nacen los dos manantiales de agua, la termal y la natural, y á pocas varas de estos, empieza la base de un cerro cuya prominencia es muy superior á la de los demas de las inmediaciones. Este cerro, por su corpulencia y altura domina á todos los otros, y seguramente esta es la razon por la que se le ha dado tambien por los naturales el nombre de «*Cerro de Hurmiri.*» Como à las trescientas varas de su base calculadas perpendicularmente, hay una meseta formada por la naturaleza, á la cual se asciende por un estrecho y peligroso sendero que los concurrentes al baño han hecho con la continuacion de subir y bajar, como un medio de ejercicio para no entumirse por la dificultad de pasear de aquel pequeño recinto. En uno de los extremos salientes de esta meseta se ve una punta ò cresta de la misma roca de color ceniciento, y á la que por

su colocacion, por su aspecto lùgubre y sombrío, el autor de esta obra, le puso el nombre de «Roca del peligro» el año de 844 en que por primera vez visitò aquellos baños. Esta cresta ó roca tiene ya un recuerdo històrico, y ocupa un lugar notable en el curso de esta novela, como lo veremos mas adelante.

---

## LA MAÑANA.

**C**uando Julian despertó, el sol no asomaba, todavía ninguno de los rizos de su dorada cabellera, sin embargo era de día. La mañana estaba pálida y silenciosa. Algunas aves que á aquellas horas solian revolotear por las cercanías del baño, atraídas sin duda por los restos de los alimentos que se les daba, y lo que era muchas veces uno de los entretenimientos de Claudina, no habian dejado todavía sus materiales, tal vez porque el frío de la noche se dejaba sentir aun, ó porque las plantas conservaban intacto el rocío con que la atmósfera las habia humedecido. Solo el ruido del torrente que formaban las aguas que se escapaban de aquellos dos copiosos manantiales, anunciaba que la naturaleza estaba viva. Velábase en el Cielo unas mancuas.

amarillentas, que segun la práctica de los naturales, eran anuncios de un mal dia; asi es que, á juzgar por aquellos augurios, una desgracia mas ó quizà un crimen debia señalarse en la Tierra.—

—Julian, no bien se hubo incorporado buscò á Claudina con la vista, y no encontrándola á su lado, saltò despavorido de la tarima en que se hallaba, corriò por todos los rincones de aquellas soledades, de las cuales solo el eco respondia a sus llamamientos; y como tenia que hacer diversas inflexiones con su cuerpo para andar de roca en roca, y su Peti estaba desabrochado, advirtiò que el relicario nò pendia de su cuello, y parose derrepente como para meditar un momento; allí solo pensò en su madre y fuera de sí se volviò al sitio donde habia pasado la noche.—

—Cuando esto sucedia eran cerca de las *siete de la mañana*, y ya hemos visto cuál era la preocupacion que Julian tenia respecto de esta hora.—

—Una horrible fiebre acometiò á este hombre en aquel instante, porque lo que acababa de perder era mas que la vida—era el recuerdo de su

madre, la imájen viva de aquella que, despues de sufrir los dolores del parto podia decir, «un hombre ha nacido;» su madre habia llevado en su cuello aquel relicario, herencia de sus mayores, y él creía que teniéndolo tambien en el suyo, estaba en el seno de su madre, en medio de sus antepasados, por los que conservaba siempre el más santo respeto.—

—Así que Julian entró al cuarto del baño, lo primero que hizo fué empezar à rezar la oracion de costumbre; mas un ruido que sintió à lo lejos se la hizo interrumpir, pues habia creído oír la voz de su madre y temia le preguntára por el relicario. Desesperantes eran estos momentos para Julian, todo lo sobresaltaba, estaba en la hora fatal. Salió sin embargo al pequeño patio que habia entre el borde del barranco y la casa, (6) p-

---

(6) Como à las veinte varas del manantial de agua termal, el Señor Bativian hizo formar una meseta artificial, en la que se construyeron las primeras habitaciones, dejando un patiecillo sobre el barranco, con un parapeto de una vara de alto.

ro salió tan distraído, ó mas bien dicho, tan fuera de sí, que no advirtió que Claudina, subía por el camino que conducia á la meseta del Hurmiri, es decir, al paseo habitual.—

—Dejemos un momento á Julian y veamos qué hizo Claudina despues que desprendió el relicario del cuello de su amante.—

—Ya hemos dicho que Claudina no ignora cuál era el valor que para Julian tenia aquel relicario, y al sustraérselo, pensó estimularlo con su devolucion para que no marchase á la campaña sin dejar efectuado su matrimonio. La infeliz sufría un error, y no sabia que con aquello preparaba dos tumbas.—

—Despues que ella tuvo el relicario en su poder, y como la luz del dia empezase á alumbrar aquellos lugares, no quiso acostarse, y entre tanto que Julian dormía, fuese al pié del cerro, y con el relicario en la mano rezó algunas oraciones por el alma de aquella que estaba en el sepulcro, pero que aun desde allí podia decirle *hija*.—

—Estaba para concluir la última oracion, cuando vió que Julian salia del cuarto, y como se dirijiese hácia donde ella estaba, ocultóse detras de un peñasco para no ser vista todavía.—

—En todo este tiempo tuvo lugar lo que hemos dicho antes respecto de Julian, es decir, cuando él salió á buscarla.—

—Aquel ruido que á Julian le habia sobresaltado haciéndole interrumpir su oracion acostumbrada, no habia sido una ilusion, pues asi que Claudina lo vió entrar al cuarto del baño, salió de donde estaba, y al comenzar la ascension al *cerro*, le dió un grito llamándolo por su nombre.—

—Luego que Claudina hubo llegado á la meseta del Hurmiri, asomóse á la punta ó cresta que hemos designado con el nombre de «*Roca del Peligro*» y sea que la ascension la hubiera fatigado, ó que por el estado de su suerte, que ella miraba como muy desgraciada, se encontrase tambien en ese estado, el caso es que se sentó en la roca y se quedó pensativa y melancólica; pero como en aquel momento Julian salió del cuarto por el ruido que habia sentido, y la meseta del *cerro* estaba al frente

de la casa, maquinalmente levantó la vista y alcanzó á ver el blanco vestido de Claudina, cuyos volados llevaba el viento hacia la orilla de la roca.—

—Entònces se renovò entre aquellos amantes la misma conversacion que la víspera; y como, no obstante las reflexiones de Claudina, insistiera Julian en que al regreso de la campaña se casarian, aquella mujer se creyò perdida; é interrumpiendo la conversacion con su amante, púsose de rodillas, besó el relicario è hizo una lijera esclamacion; en seguida paròse y dirijiendo à Julian nuevamente la palabra, le dice:—«Si nuestra separacion es inevitable, y yo no he de merecer llevar lejitimamente tu nombre antes de ella, preciso es entònces que nos separemos para siempre: adios! Julian, no maldigas mi memoria, te recomendo á mis padr... y sin concluir este nombre querido, se precipitó de espaldas de la punta mas saliente de la roca y fué rodando hasta la eternidad.—

—El Sol que hasta entonces habia estado oculto por una densa cortina de nubes, apareció radiante como nunca, y su luz sirvió para alumbrar aquel nuevo crimen, aquel horrible suicidio.—Las siete daba el relox de meia que habia en el cuarto del baño.



## «EL ENCUENTRO.»

**J**ulian no pudo persuadirse que aquello fuese una realidad, porque cuando vió que los vestidos de Claudina se desplegaban por el aire en el momento de precipitarse de la Roca, por un efecto de óptica creyó que se recojian sobre un peñasco é imaginó que la jóven lo burlaba; trató, pues, entónces de desenganarse, y con tal objeto se dirijia al cerro, cuando oyó voces à su espalda y se detuvo.—

—La desesperacion de este hombre era horrible—Su relicario habia desaparecido.—Claudina tambien se le habia ocultado.—La hora fatal acaba de sonar.—La fiebre lo consumía.—Aquellas voces que oyó, lo acabaron de perder, y un ataque epiléptico lo trajo à tierra, y cayó sobre el borde del

parapeto que daba al barranco que formaba el patio de la casa. Cuando volvió en sí, el Sol acababa de herir el meridiano, y por consiguiente eran las doce del día, y se encontró rodeado de una porción de oficiales de su compañía y de su Cuerpo que habían ido á visitarlo.—

—Para este hombre, todo lo que allí se le presentaba á su vista, eran objetos nuevos y desconocidos; así pues, cuando sus compañeros le preguntaban algo acerca de su situación y de la enfermedad de que se había visto repentinamente atacado, sus respuestas eran inconexas y vacias de sentido, y solo se le oía repetir con frecuencia estas palabras—mi madre—mi relicario—mi Claudina; por supuesto palabras que para aquellos huéspedes eran incomprensibles porque no estaban al cabo de los antecedentes.—

—Mas estos que, despues de cinco horas de estar en la casa del baño, no habían visto parecer á Claudina, y sia embargo de no imaginar, de no sospechar ni remotamente siquiera lo que acababa de suceder, se aventuraron á preguntarle por la

joven, y entonces, Julian, que desde la ventana de su cuarto distinguia la «Roca del Peligro,» se las indicò con la mano diciéndoles al mismo tiempo, *allí está —*

—Esta respuesta les hizo creer que tal vez algun disgusto momentáneo entre aquellos amantes, habria llevado à Claudina hácia aquel sitio, y algunos de ellos se decidieron a subir al cerro y traerla al lado de Julian. Este que habia oido la determinacion de sus amigos, se resolvió tambien á acompañarlos, y por mas que ellos se opusieron haciéndole diversas reflexiones sobre el estado de su salud, se obstinò tanto, que temieron disgustarlo, y le permitieron que subiera agarrado de la mano de uno de sus compañeros.

—Antes de llegar á la meseta de que tantas veces hemos hablado, la senda que conduce à ella estaba cortada transversalmente por unas listas blancas, que eran otras tantas angosturas ò estrechos caminos que el continuo andar de los animales que pacian por ellos les habian formado.—

—Julian, con el compañero que lo llevaba de

la mano, tomó una de estas angosturas, y como guiado por un espíritu maligno, siguió precisamente por la que lo debía llevar à tener un *encuentro* que no le convenia en el estado en que se hallaba.—

—No bien habian andado algunas varas desde el punto en que la senda principal habia sido dejada por ellos, cuando el compañero de Julian advirtió que una de las piedras mas sobresalientes por su tamaño y espesor, estaba manchada con sangre, y que en las que seguian la misma direccion para la base del cerro, se divisaban iguales manchas; y como por la falta de antecedentes se fijase en esto sin precaucion alguna, llamó la atencion de Julian, quien, exaltado por la fiebre, y à presencia de aquella sangre, comprendió que su desgracia era cierta, mucho mas cuando en el fondo del abismo creyò distinguir el blanco vestido de Claudina; en efecto, lo habia reconocido, y asustado por aquel reconocimiento, y todo fuera de sí, diò un espantoso grito y cayò sin sentido.—

—El compañero de Julian habia tambien dis-

tinguido el cuerpo de Claudina, y cuando se disponia á cargar en sus brazos á su amigo desmayado, oyò las voces de los demas oficiales, que atraidos por aquel terrible y aterrante grito, venian á ver quièn era el que lo habia dado.—

—Instruidos por su compañero de todo lo que habia pasado, unos condujeron en brazos à Julian hasta la casa del baño, y otros descendieron al abismo á sacar el cadáver de la jóven. La Luna se veia en aquel momento sobre el horizonte.—



## VIII.

### LA IMITACION.

**E**l cadáver de Claudina, despues de sacado aquella noche del fondo del abismo y lavado perfectamente, fué colocado en un pequeño espacio que habia en la parte posterior de la casa, y estaba preservado de los rayos del Sol, por una especie de tienda de campaña ò toldo que aquellos oficiales habian formado con sus capas.—

—Nuestros lectores inferiran naturalmente que aquel cuerpo no podia conservar ya ninguna forma humana, porque, caido de trescientas varas de altura, no debia ser sino un saco de huesos; sin embargo, el rostro estaba intacto, no habia recibido lesion ninguna, y solo en la cabeza tenia una herida mortal.—

—Inmediatamente que os oficiales sacaron el cadáver del sitio en que habia caido, dieron parte al primer Jefe de su Batallon, asi es que, serian las

ocho de la mañana, cuando vino de Zapaqui el oficial que anunció la pronta llegada de los soldados que debían conducir aquel inanimado cuerpo en un féretro dispuesto á propósito para este solo fin.—

—Por uno de esos inexplicables misterios de la naturaleza, Julian amaneció mejorado ó sea que aparentemente lo manifestára; el caso es que, interrogado por sus compañeros sobre aquel acontecimiento, lo explicó perfectamente, sin dar lugar á creer que su razon podía estar resentida de extravío; afirmando además, que él se hubiera casado con aquella jóven al regreso de la campaña, como á ella misma se lo habia prometido tantas veces, pero que esperaba tener un grado mas, y por consiguiente mas recursos para presentarla en la sociedad con toda la decencia propia de la esposa de un Jefe, porque creía por lo menos ser comandante efectivo.—

—Julian se empeñó en ver el cadáver, pero no se lo permitieron, y entónces dijo á sus amigos; que si era necesario separarse de aquellos lugares,

lo acompañasen al cerro porque quería visitarlos por la última vez.—

—En efecto, empezaron á subir y á medida que ascendían se notaba en Julian una horrible mutación en el semblante; cuando llegaron a la meseta que todos conocemos, estaba tan demudado aquel hombre, que en su semblante, y sobre todo en la mirada había un no sé qué de aterrante y de espantoso, que cualquiera hubiera dicho que iba á reventar.—

—Así que se hubieron reunido todos los acompañantes de Julian, y que se les había pasado el cansancio ocasionado por la subida, trataron de averiguar la causa de aquella alteración en el semblante de este, con cuyo motivo le dirijieron algunas preguntas, mas él á ninguna contestó, y parándose repentinamente les dice:—«mis amigos, por este mismo sitio descendió Claudina y yo debo imitarla,» y aproximándose á la Roca fatal, íbase á precipitar por la misma cresta, cuando uno de aquellos oficiales alcanzó á tomarlo por la punta de la capa cuyo broche estaba prendido, y como aun no

habia soltado el cuerpo hácia la parte de afuera; pudo contenerlo y evitar así un otro crimen. Inmediatamente lo bajaron á la casa del baño agarrado de ambas manos; y en los momentos en que entraban al patio, llegaba también la comitiva que debia conducir á Zapaqui el cadaver de Claudina.

---

## LA VUELTA.

**V**olver à Zapaqui y llevar allí el cadáver era una necesidad imperiosa; pero habia una dificultad, que Julian no queria dejar aquellos lugares: en fin, despues de una hora de resistencia à las observaciones de sus amigos, cediò à ellos, pero les impuso la condicion de que éi habia de ir à pie y sin separarse del féretro, cuya condicion le fuè admitida por no violentarlo.—Cuando todo estuvo ya preparado se emprendiò la marcha, y no sin graves dificultades pasaron aquella quebrada por la estrecha senda que conducia á la principal de Caracato y Zapaqui.--

—Durante las seis horas que durò la marcha, Julian no hablò ni una sola palabra, ni tampoco se-

parò la vista un instante de aquel manto fúnebre, que, cual el emblema de la vida, segun la espression de Laménais, cubria el inanimado cuerpo de aquella que habia sido una mujer, y que en aquel momento no era sino la imagen de la nada.—

—Era de noche cuando aquella mortuoria comitiva entrò en Zapaqui donde ya se le esperaba, y guiada por uno de los sacristanes hasta la Capilla principal, se depositò el féretro en el lugar de costumbre.—Julian llamó aparte à uno de sus compañeros de mas confianza y le suplicò que lo dejasen un momento solo.—En efecto, así lo hizo este, sacò de allí à los demas y satisfizo aquel deseo de su amigo, pero procurò colocarse donde pudiera observar à Julian sin que él lo viera.



## LA CÁPILLA.

**L**uego que Julian se vió solo en presencia de aquella tumba que contenia à un ser que habia amado, y que reflexionò que tal vez su obstinacion, es decir, la suya, la de Julian, habia causado su muerte, temblò de horror, y aunque su cabeza estaba demasiado débil por las fatigas de aquel dia, púsose á rezar, pero no atinaba con el principio de las oraciones.—

—Cansado de esta lucha que fatigaba su memoria, desistió del rezo y trató de abrir el féretro, y asi que lo hubo abierto, tomó una de las manguiladas manos de aquel cadáver y empezó á hacer las mas lastimeras exclamaciones.—

—Vióse entonces à aquel hombre, que entregado á la mas desesperante afliccion, pedia al Todo Poderoso la vida de aquella mujer, y por la cual diera la suya en aquel momento si posible fuera.— No hay palabras bastante significativas para expresar todo el fuego, todo el ardor de aquella alma que pretendia con su amoroso aliento volver à la vida aquel cuerpo que no era sino una sombra.—

—A los pocos instantes la Capilla quedó en silencio, y el oficial que observaba, aproximóse à Juan, y viéndolo tendido en el suelo, llamó á uno de sus compañeros que habia estado en el mismo sitio que él, y entre ambos condujeron aquel semi-muerto á la habitacion que le tenian preparada.



## EL ENTIERRO

**E**n la mañana siguiente, cuando el Astro del día asomaba recién las puntas de su melena de fuego, el sonido de una campana que despertaba á los fieles, anunciaba también que debía rezarse el oficio de difuntos.—

—Pocos momentos después la Iglesia estaba llena de jente de todas clases; en el centro se ostentaba un elevado túmulo cubierto con un terliz negro con engalonado de oro, señal infalible de que el cuerpo que contenía pertenecía á una elevada clase, ó que la familia del muerto disponia de la aristocracia del *poder*. En los extremos del túmulo, así como en los costados y en toda la circunferencia, ardian en relucientes candelabros de plata enormes hachones encendidos, cuyos efluvios perfumaban toda la Iglesia.—

—El cura de la Parroquia, hombre anciano y de aspecto venerable, despues de haber cantado la Vijilia y de haber celebrado el sacrosanto sacrificio de la misa, habíase vestido con un lujoso pluvial negro y estola del mismo color, è igualmente ostentaba el color blanco de su alba, aunque aquel no fuere el mas à propósito para satisfacer las intenciones de Herodes con respecto al divino Jesus; sin embargo, todas las vestiduras sagradas del Párroco manifestaban el lujo con que debía hacerse aquel entierro.—El oficio se cantò en seguida, y el sacerdote acompañado del acólito que conducia el acetre con el líquido sagrado, hizo en los ángulos del túmulo las aspersiones de costumbre.—

—Cuando aquella ceremonia fúnebre quedò terminada, el cadáver fué conducido al Cementerio por los amigos de Julian, porque, aun cuando la muerte habia sido el resultado de un suicidio, se probó que no habia estado en su razon aquella jóven en el momento de ejecutarlo, y por consiguiente no habia culpa, y la misericordia de Dios la habria sin duda alguna acogido en su santo reino;

fué pues sepultada en el lugar sagrado donde tambien descansaban los restos de otros cristianos.— Aquel entierro era obra de la caridad del cura de la Villa.—

—Aquella niña á la edad de quince años, en la primavera de sus dias, habia sido ya el juguete y la victima de las pasiones sin freno, tal vez porque con una alma ardiente y sin la èida de la educacion, no tuvo las armas suficientes y necesarias para combatir las tentaciones de Satanás; pero dejemos à los muertos que Dios en su Divino tribunal los habrá juzgado ya, y solo pensemos en nosotros mismos, para rogar al Todo Poderoso, nos preserve de iguales desgracias à las de que fué victima aquella infeliz jòven que yacia en el descanso eterno.



## XII.

### JULIAN.

**J**ulian, seguramente por la fatiga y el cansancio del viaje, se durmió hasta mas de las doce del dia, y como el entierro habia concluido á las ocho, es decir, cuatro horas antes, no habia oido los dobles de las campanas ni tampoco los cánticos sagrados, sin embargo de que su habitacion estaba como á las cincuenta varas de la Iglesia.—

—Asi que hubo despertado, el Cirujano del Batallon vino a verlo, y despues de haberlo examinado cuidadosamente, ordenó que no se le conversára, y sobre todo que se tuviera la habitacion con la menor luz posible para evitar todo linaje de emociones, porque sus sentidos estaban enfermos y peligraba su razon.—

—Durante todo el día se negó á tomar los medicamentos que le daban.—Hasta las ocho de la noche se lo pasó en un estado de sopor parecido al de un letargo, y una vez que otra se le oyó nombrar á su madre, llamar á Claudina y pedir el relicario, y aun también nombrar á su Coronel; pero todas eran frases cortadas, sin significacion ninguna para quien las oía.—

—Eran las diez de la noche y el Corneta tocaba á silencio; aquel pueblo quedó desierto y solo se oía cada media hora el *alerta* de los centinelas; Julian sin embargo no dormía, y así que el primer *alerta* hirió sus oídos, saltó de la cama y vistióse á toda prisa, y como quitase la pantalla que ocultaba la luz de la bujía, la habitacion quedó iluminada y clara como alumbrada por el Sol.—

—Uno de los oficiales que sacó el cadáver de Claudina del fondo del despeñadero en que cayó al precipitarse de la Roca del Peligro, habíale encontrado en el seno el relicario de Julian, y como él era conocido, lo había conservado para dárselo en

Ziriquí; mas como el Cirujano habia ordenado que le evitasen toda emocion, y este oficial lo ignoraba el efecto que podia producir la vista de esta alhaja en el ánimo de Julio, cogiólo en una de las perlas de su catre, asi es que cuando Julia separò la pantalla y la luz de la bujía diò en el marco de oro del relicario, el reflejo hiriò su vista, y mirándolo, corriò desesperado y se apoderò de él.—

—A los diez minutos de este hallazgo, oianse tremendos golpes en la habitacion del primer Jefe del Batallon, que un hombre, con sus vestidos mal compuestos, o mas bien dignos, à medio vestir y con el pelo de su frente todo desgreñado, daba furiosamente en la puerta del dormitorio de aquel Jefe.—

—Despertado este Jefe de lo mas profundo del sueño, y despertado de esta manera, cree que habia alguna novedad en el Cuartel, levántose precipitadamente, y en su sobresalto no atina à dar con sus vestidos, abre la puerta y ve à un hombre que no

cesaba de golpear, y sin embargo de la ma'a apostura de aquel hombre, reconoce á Julian que le pedia á su Claudina, y por mas que aquel Coronel le dirijia varias preguntas para apaciguarlo y hacerlo entrar en razon, Julian no contestaba ni una sola palabra, ni tampoco hubiera podido contestar con cordura, porque el pobre hombre habia perdido su razon... estaba loco!—

La Paz, Agosto de 1855.

*José S. de Oleïxa.*

---

NOTA: Despues que Julian quiso precipitarse de la roca, se conoció ya que su razon estaba enferma, y cuando pasó el acontecimiento que cierra el todo de la novela, lo trajeron á esta ciudad bastante malo de la misma enfermedad; pero curado completamente á los tres meses, se fué al Interior de la República. La enfermedad de este hombre le vino de puro sentimiento por la muerte de la jóven.